

Empezó su pasión por mística y concluyó por sensual. En los primeros arrebatos creyóla sólo culto, después alcanzó bien pronto su identidad con todo amor propio del hombre y de la naturaleza humana. Verla todos los días y no sentirse cautivado por su divina gracia resultó cosa imposible de toda imposibilidad. No podía prestarle culto sin prestárselo con todos los sentidos. Adscrito á ella le había todo su sér juntado y adherido. Y no debían los dioses culparle si amaba, pues ellos mismos pusieran en el culto un principio de amor. Hincarse ante los altares, plegar las manos, decir las oraciones, ofrecer incienso y otras ofrendas, colgar exvotos, ¡ah! todo esto significa tanto como querer en las humanas lenguas. Se quiere cuando una frecuente el templo, se quiere cuando asiste á la ceremonia, se quiere cuando se reza, se quiere cuando se comulga por medio de algún recuerdo y de algún rito, se quiere, sobre todo, cuando se pide la muerte para subir al cielo y trastocarse de súbito en el mismo Dios á quien se ama, se adora, se idolatra. Así nada tan fácil al sacerdote de una diosa material y bella como convertir su culto y el ejercicio de su culto en amor. Aquel buen sirio debió ir poco á poco enterándose de que, no solamente se interesaban sus facultades anímicas ó del espíritu en el culto á la diosa Derceto, sino que se inte-

resaban sus sentidos también. Pero cuando le impusieron éstos su mandato, él obedeció de un modo inconsciente. Apenas entraba en su conciencia lo que hacía, pero lo hacía. Mezclar miradas de apetito con miradas de adoración, envolver en suspiros las plegarias, estarse de rodillas absorto ante las aras, tender los brazos á quien todos los pensamientos se tendían por natural impulso, idolatrando amar, nada más fácil. Por su parte las diosas de aquellas religiones y de aquellos tiempos estaban mezcladas y confundidas con el hombre. ¿Qué digo con el hombre? Las diosas de aquellos tiempos estaban mezcladas y confundidas con los demás animales. Sus raíces eran las raíces de los organismos inferiores. Quien tenía cola de pescado, naturalmente debía tener muchos instintos y propensiones de animal. Quien tenía cabeza y pecho de mujer, debía tener en tal pecho amores y en tal cabeza ideas femeniles. De consiguiente, no hay que maravillarnos si, asediada por quien la quería tanto, se deslizó poco á poco del ara en sus brazos y se dejó al fin prender y cautivar en su exaltado amor.

Derceto pudo algún tiempo esconder en la intimidad de su corazón y en el sagrado de su templo el amor. Ó los dioses no la veían, ó los dioses la perdonaban. Lo cierto es que, rendida por completo á los halagos del joven sirio, y subyugada, se



dió á su amor, como si ella y su amado estuvieran solos en el cielo y en el mundo. Habíase resistido mucho, encastillada en su naturaleza de diosa, y creyendo sacrilego aquel comercio amoroso con un mortal, puesto allí, más que para quererla, para respetarla; pero al cabo la pasión hizo naturalmente su oficio, y la diosa bajó del altar al tálamo. Sintióse al poco tiempo madre, y en cuanto se sintió madre comenzaron para ella los dolores propios y los castigos celestes. Las techumbres del templo re-
jampagueaban y tronaban como un cielo tormentoso, doblábanse las columnas como árboles agitados al ímpetu del huracán, estremeciáse todo el pavimento á la sacudida de un terremoto, el rayo descendido de lo alto apagaba la hoguera del sacrificio en lo bajo, y voces discordes salían de las cavernas, introduciendo en aquella perturbada conciencia terribles remordimientos. Derceto no podía descansar un minuto, perseguida por furias que nadie sino ella veía, pero que se hallaban en las sombras del templo, en los bramidos del aire agitado, en los dolores del pecho, en los remordimientos y torcedores del espíritu. En su angustia no perdonó al sirio que traicionara su mandato sacerdotal con amores profanos, ni se perdonó á sí misma el haber descendido desde su naturaleza superior y divina en brazos de una pasión desapoderada y terrible, más bajo

que la naturaleza humana y que la misma naturaleza animal. Todos los goces y todos los deleites del amor feliz habíanse trastocado en desdichas horribles durante los meses de aquel su criminal embarazo. Lejos de traerle felicidad y paz la esperanza de ser madre, le trajo una desesperación sin límites, porque hasta tal punto no había sentido el odio de los dioses contra ella ni el propio torcedor en su conciencia. Días sin luz, noches sin sueño, lo pasado con dolores y remordimientos, lo porvenir con desesperación y zozobra: tal fué su estado, el estado de aquella diosa tan serena desde la hora siniestra en que dió sus naturales frutos el amor profano y sacrilego á que había dado su cuerpo y su alma.

En cuanto la diosa parió una hija, decidióse por el castigo de su malvado amante, que la engañara y la divertiera de su alto ministerio y de sus divinas funciones á la triste pasión amorosa en cuyos ardores había consumido su divinidad. Lo primero que hizo para castigarse á sí misma, y aun castigar el fruto inocente de sus amores, fué inquirir un sitio recatadísimo y oculto, y ya encontrado, exponer en él aquella niña tan hermosa como nefasta, dejando su salvación ó su muerte á merced y arbitrio de la implacable naturaleza. Después que hubo expuesto á la niña, citó el engañador amante á los

lugares mismos donde la engañara, y allí, entre las sombras de la noche que habían protegido sus amores y bajo las techumbres del templo sacro, clavó un puñal en el corazón y dejó correr su sangre con menosprecio y con soberbia en el ara misma por donde corriera tantas veces la sangre de las víctimas. Y expuesta la hija de su amor, y sacrificado el amante, ya sin lazo alguno que la ciñese á esta tierra de dolores, arrojóse al estanque sacro abierto al pie del altar, y allí se ahogó, creyendo, con la pena tremenda que se acababa de infligir á sí misma, desarmar la eterna justicia que la perseguía y agobiaba.

En aquella transformación universal, en aquellas metamorfosis continuas, en aquellos cambios de formas que ya hemos señalado entre los caldeos y los sirios, convirtiéndose la diosa en pez, por lo cual no volvieron á comer allí en su patria las generaciones subsiguientes manjar tan rico como el que dan al paladar la mayor parte de las varias especies pobladoras del agua. Entre tanto la niña tuvo en los riscos y en las soledades su habitación, en las palmas de viejo palmeral su cuna y en las palomas su nodriza. Estos animalejos de tanta dulcedumbre, ligeros y breves en su cuerpo, inofensivos en sus uñas, con melodiosos arrullos en su garganta, con tiernas miradas en sus ojos, vestidos de sedosas plumas y

amantes de nuestros hogares, cuyos tejados pueblan y á cuya sombra viven, representan algo de pródigo y acorren con alguna caridad ó con algún consuelo á los infelices en la tradición universal.

Quien haya visto alguna vez la paloma en celo, el amor y el cuidado por su preferida pareja, la inmovilidad con que se fija en su nido después de haberlo con tanto artificio hecho, el calor que al empollamiento de los huevecillos presta, la solicitud con que acorre á sus polluelos, cómo se priva del propio alimento para distribuirlo entre sus crías, cómo arrastra las alas y endulza los arrullos en sus amores y en sus celos; quien recuerde todo esto, comprenderá por qué aún este animal, adorado como un dios en las viejas teogonías, abre sus blancas alas en los puntos más altos de nuestros templos y se cierne sobre los triángulos y sobre las coronas de la Santísima Trinidad en toda nuestra liturgia. Las palomas, pues, recibieron el encargo providencial de salvar á la hermosa y predestinada niña. Numerosísimas en el sitio donde la expusieran, faltóles tiempo, en cuanto la vieron, para socorrerla primero y luego para criarla. Unas la tapaban bajo sus alas; otras la bendecían con sus arrullos; las de aquí, le llevaban alimento; las de allá, por su parte, abrigo, acorriéndola todas á una con su inconsciente industria. Cerca de aquel sitio había, como en

casi toda la Caldea, mucho ganado que daba ricas odres de blanca leche. Dejábanlas abiertas los pastores, y allí las palomas iban á escanciar en su pico blancas gotas y llevarlas á los rosados labios de tan hermosa criatura. Cuando ya estuvo algo crecida, cuando llegó á tener un año, viendo que su estomaguillo necesitaba más fuertes alimentos, no robaron, no, como antes la leche, robaron algo más sólido, robaron el sabroso queso, conduciéndolo al nido hermoso, digámoslo así, en que criaran la bella criatura.

Al fin advirtieron los pastores la falta y espieron á las palomas. Atisbándolas y siguiéndolas con cuidado advirtieron el sitio adonde iban, y escudriñando este sitio encontraron la hermosa niña. Todas las tradiciones hoy mismo se hacen lenguas del hallazgo; todas las tradiciones hoy mismo refieren con asombro el encanto producido en los pastores por aquella increíble aparición. Lo breve de sus manos y de sus piés, lo rosado de sus carnicitas, el brillo de sus ojos llenos ya de alegría, la sonrisa de sus pequenuelos labios, su fina tez y su melodiosa voz, encantaron á los que acababan de hallarla por aquel modo milagrosísimo, hasta imbuirles la idea muy natural de que habían dado quizá con una diosa niña, la cual recibiría de los cielos el destino providencial de socorrerlos y am-

pararlos en los tiempos sucesivos. Alzáronla, pues, de su cuna, y condujéronla después á sus cabañas. Pero aquellas pobres gentes no podían mucho tiempo conservar este milagroso dón del cielo. Engendrada en el misterio, expuesta en nido de palmas, mantenida por las palomas, criada con una intervención directa del cielo, lucía demasiados testimonios de una predilección celestial para que pudiesen por mucho tiempo guardarla entre sí los pobres pastores que la encontraron en aquel misterioso recinto. Dada la organización de Siria, el personaje más poderoso de cada región era su intendente regional, en quien se depositaban los tributos y la considerable parte que del comercio y de sus rendimientos para sí tomaba en aquellos lugares el fisco. Pasó, pues, la niña expósita de su nido á manos de Simmas, quien, falto de posteridad y descendencia, creyó de su deber adoptarla y le puso en su adopción el nombre de Semíramis, que quiere decir paloma. Cuéntase que los sirios adoran este animal desde que le vieron hacer con Semíramis todos estos prodigios de caridad y llevarle todos estos consuelos que parecían provenientes de un alma.

Caldea se diferencia de todos los demás pueblos asiáticos en que á ella pertenecen la magia y astrología. Por ésta, por la última, el cielo se mezcla

como una especie de levadura en nuestra vida y los astros se tornan compañeros nuestros en las terrestres vías. Por aquélla, por la magia, lo sobrenatural y maravilloso nos rodea, cual si concordara con la débil contingencia nuestra, y todo alrededor del hombre se tornan hechizos y encantamientos. Los caldeos fueron los primeros en leer el destino de los mortales en los astros y los primeros en tener esa especie de sacerdotes ó sicofantas que consultaban las estrellas á cada paso y escribían los horóscopos de los humanos en las hojas de los árboles. La magia, blanca y negra, que ha pasado hasta nuestros tiempos y que ha ejercido una influencia en nuestra Edad Media, proviene de Caldea. Y los caldeos, así como creían en beneficios sobrenaturales, creían en maleficios sobrenaturales también. Y aun creían más, aun creían que ciertas fórmulas maravillosas, que ciertas letras litúrgicas, que ciertos signos cabalísticos, que ciertas rayas misteriosas indicaban el destino de los mortales, y cuando parecía este destino adverso apelaban á una cohorte de iluminados, estáticos, supersticiosos, adivinos, saludadores, excomulgantes, brujas, duendes, los cuales, por medio de filtros, de sortilegios, de combinaciones químicas, de rezos astrológicos, de fórmulas indescifrables, de jeroglíficos trazados con la fosforescencia de los huesos y

con las estelas de los ríos, podían torcer los secretos del destino y trocar la religión, esa fuerza intelectual y moral en una especie de fuerza material. Imaginaos cuántos horóscopos no harían los magos y los astrólogos caldeos acerca del misterioso destino de Semíramis.

La Siria era entonces una satrapía sobre la cual imperaba Nino, hacedor y detentador de innumerables conquistas. En esta satrapía mucho era el intendente á quienes los pastores confiaran la educación de Semíramis; pero más, mucho más era el sátrapa. En las largas distancias, en la carencia de caminos, en la dificultad y rareza de comunicaciones, en la organización de aquellos poderes, el sátrapa equivalía por lo absoluto de su autoridad y lo elevado de su ministerio á un monarca, y á un monarca poderoso. Gobernador de la región, puesto allí por su jefe ó emperador, con frecuencia desataba los débiles lazos aparentes que le ceñían al poder supremo, y, proclamándose soberano, rompía la unidad del Imperio y suscitaba terribles guerras. Pero, aun sometido y obediente, mandaba sobre muchos hombres y ejercía omnímodo poder en amplios territorios. El sátrapa de Siria, por aquella sazón, cuando Semíramis era joven, se llamaba Menón, como ya hemos visto que se llamaba Simmas el intendente. Y cual éste la educó, la desposó

aquél. Y la desposó por tantas maravillas y milagros como le había visto hacer en la intendencia, donde aparecía unas veces administradora experta y otras veces sacerdotisa inspirada, con signos siempre de sobrenatural y divina. Su talento administrativo prosperó la intendencia y su talento político prosperó la satrapía. El sátrapa no fué jefe, sino vasallo de Semíramis. Naturalmente, las múltiples aptitudes le habían sido dadas á ésta para desarrollar múltiples facultades y cumplir, tanto en su persona como en su vida, opuestos innumerables fines. En la intendencia se había Semíramis acostumbrado á la grande administración, en la satrapía se acostumbró á la grande política. Necesitaba para completar las facultades indispensables á un gobierno y á un imperio de aquellos tiempos acostumbrarse también á la guerra. Muy sometida, y con su triste sumisión muy bien hallada, Siria estaba en plena paz y no podía por ello ejercitar allí Semíramis las altas facultades guerreras con que la dotara el cielo. Pero no debían faltarle ocasiones de cumplirlas y ejercitarlas. En Estados tan belicosos como aquellos, los conflictos surgían á cada paso, y de los conflictos se derivaban guerras á cada minuto. Consiguientemente con tal situación sobrevénia, ora la necesidad inmediata de intentar una conquista, ora la necesidad inmediata de guardar

las conquistas alcanzadas. Combatir para comerciar; someter los pueblos á dependencia, como se sometían los individuos á esclavitud; llamar con el puño de la espada, después de haber esgrimido el corte, á la puerta de los mercados, y acaparar los productos del trabajo; he aquí las características que distinguieran en aquellos tiempos tan formidables imperios adscritos al placer, al comercio y al combate.

Reinaba el poderoso Nino por aquellos días y pensó en una expedición á la Bactriana. Para tal expedición debía congregarse á todos sus sátrapas, y entre los mas aventajados y útiles tenía y contaba naturalmente al sátrapa de Siria. Este fué de los primeros llamados. Por tal suerte se presentó la coyuntura que aguardaba Semíramis de lucir sus aptitudes guerreras. Desplególas ya grandes en el reclutamiento difícil y en la organización improvisada de sus tropas. El ejército aquel tenía condiciones muy especiales, de las que apenas podemos allegar un concepto preciso ahora. Parecía una especie de nación andando. Desplomábase así un pueblo sobre otro pueblo, cual en los estremecimientos propios de las altas montañas se precipita un risco sobre otro risco, y un enorme alud sobre un profundo ventisquero. Necesitábase mucho genio de organización y mucha fuerza de autoridad para

sostener por medio de cohesiones poderosísimas los desligados corpúsculos y tenues átomos semejantes á leve polvillo que se llevaba el viento cual se lleva las arenas el simoún en los desiertos. Pues á todo lo que así de organización como de fuerza pedía el movimiento militar aquel, supo Semíramis ocurrir con la grande autoridad que le daba su hábito de mando constante, con el cálculo que le daba su hábito de administración privada, con la fuerza que le daba también su imperio natural sobre los demás, con las múltiples facultades para el mando de que la revistieran los dioses y que aplicaba y ejercía ella en la plenitud entonces de su vida, y con poder omnímodo sobre cuanto le rodeaba, poder debido en parte á la fascinación producida por su presencia y en parte á la fijeza de sus propósitos en lo que concebía y realizaba. En cuanto diera el rey la orden de acudir á su ejército para debelar á la indócil Bactriana, el primero que apareciera fué su gran sátrapa de Siria, el esposo de Semíramis, quien le llevaba, no sólo el contingente de fuerzas, sino el contingente de dinero, indispensable á las guerras y á las conquistas de aquel siglo.

Pocas regiones tenían tanta importancia como la conocida con el nombre de Bactriana en los antiguos tiempos. No podía existir un imperio seguro por las cuencas de los ríos asiáticos, aunque los de-

fendiesen y guardasen infinitos arenales, si aquellos fuertes guerreros bajaban en irrupción desde sus mesetas altísimas, propias para descolgarse hacia los cuatro puntos cardinales, y sorprendían en sus lechos de rosas los imperios del Tigris y del Éufrates. Hoy es, hoy, un día de nuestro siglo en que parece predominar la industria sobre la guerra, y todavía nos hallamos expuestos á ver desquiciado el planeta en combates sin término y sin tregua por la posesión de tales predominantes regiones, indispensables á dos imperios, al imperio ruso y al imperio británico. Imaginaos lo que sucedería cuando á los azotes del hambre los pueblos marchaban como los vientos, corriendo en todas direcciones y buscando una satisfacción ó una salida. Cerca del Tíbet y de la China; de un lado tendiendo al Cáucaso y de otro lado al Himalaya; en el camino que habían seguido ya y que debían seguir más tarde los jetas y los masijetas para ir á Persia é India; por el Oxo atravesada, que puede llamarse principal arteria del Asia central; esta región de la Bactriana debía parecer á los ojos del imperio caldeo como una especie de sólida nube tempestuosa, en cuyas entrañas iban contenidos muchos diluvios de sangre próximos á descargar sobre las tierras fluviales y las bajas cuencas. Techo del mundo habían llamado los antiguos á esta Mongolia y Tartaria,

pronta siempre á descargar algún azote de alto abajo sobre las familias de pueblos circunstantes. Cuando se penetra en ella con la espada y la tea del combate, parece como una caverna de murciélagos y buhos por cualquier destello de luz sorprendida; y las gentes aquellas, en oscuras legiones, vuelan por todas partes dando alaridos espantosos, arremetiendo con quien perturba en ellas tranquilidad y sueño.

Llamábase Bactrias la capital de región tan codiciable, y asediábala con todas sus fuerzas Nino, sin alcanzar ningún resultado apreciable. En aquellos tiempos se fortificaban, natural ó artificialmente, las ciudades con seguros formidables que las hacían bien pronto inaccesibles á todas las asechanzas é inexpugnables á todos los asedios. Con el escudo fortísimo de sus murallas y de sus torres fácilmente oponían insuperables resistencias al sitiador. Varía la suerte de las armas en estos dificultísimos encuentros. Los ejércitos de la Bactriana, idos en grande número á cerrar el paso á los ejércitos de la Caldea, lograron romperlos en la primer batalla y tendieron por tierra cien mil soldados de Nino. No obstante contrariedad tan fuerte como esta, y tan por todos extremos insuperable, la gente asiria se rehizo, y, readquiriendo vigor en su moral y fuerza en su disciplina, llegó hasta los piés

de Bactrias, donde acababa de refugiarse con gran golpe de gente su rey Oxyartes. No se necesita mucho esfuerzo de memoria para conocer ó recordar los muy largos sitios recordados en los anales antiguos. Cualquier ciudad, la menos ceñuda, la más desguarnecida, defendíase diez años. Muchas veces, no el esfuerzo, el hambre las rendía. Como la idea de patria, mejor dicho, la idea de nación estaba muy poco arraigada, si es que había nacido, pues no merece tal nombre la tribu aunque se lo presten, la especie humana, un tanto vegetativa entonces, ateníase mucho á sus hogares, y se ligaba con ligaduras indestructibles el sér y su vida total á la tierra donde se mecían las cunas de las generaciones recién nacidas y se alzaban los sepulcros de las generaciones acabadas. Por tal razón, cada pueblo asediado se defendía con singular empeño, y cada particular asedio acababa por prolongarse largo tiempo. Así una ciudad se formaba en torno de las ciudades sitiadas al agujoneo de tantas necesidades como tiene siempre un ejército y al eficaz auxilio del tiempo. Los milites y vasallos de Nino habían acabado por ceñir á la Bactrias de dentro con otra Bactrias de fuera, donde languidecía el monarca general sin asomo alguno de verdadera esperanza.

Corría el tiempo y no lograban el objeto. Nino